

Cachacos y guaches: *la plebe* en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910

*Cachacos and Guaches: the Popular Classes
in the July 20, 1910 Celebrations in Bogotá*

ALEXANDER PEREIRA FERNÁNDEZ*

Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia

* pereirafernan@yahoo.com

Artículo de investigación.

Recepción: 2 de septiembre de 2010. Aprobación: 20 de diciembre de 2010.

RESUMEN

[80]

El artículo se pregunta por la participación de los sectores populares en los festejos bogotanos del primer centenario de la Independencia colombiana. Desde un enfoque que puede definirse como de historia *évènementielle* o de corta duración, el objetivo es describir y analizar los acontecimientos que tuvieron lugar durante las 24 horas del día 20 de julio de 1910, con el fin de indagar sobre el modo como fueron incluidas las clases subalternas en la idea de nación que se quiso representar en aquella fecha tan cargada de significados para la historia colombiana. De ese modo, el texto no solo intenta rastrear la participación de las clases populares, sino que también busca verlas en interacción con el comportamiento que asumieron las élites y otros grupos sociales, es decir, con todos aquellos que estuvieron presentes en Bogotá para conmemorar los primeros cien años de vida republicana de Colombia.

Palabras clave: centenario, clases populares, conmemoraciones, élites, Independencia, nación, 20 de julio de 1910.

ABSTRACT

*The article inquires into the participation of the popular classes in the celebrations of the first centennial of Colombian Independence in Bogotá. On the basis of the *histoire évènementielle* or short-span approach, the objective is to describe and analyze the events that took place over the 24 hours of July 20, 1910, in order to examine how the subaltern classes were included in the idea of nation that was represented on that significant date for Colombian history. Thus, the article not only attempts to trace the participation of the popular classes, but also to observe the interaction of these classes with the behavior assumed by the elites and other social groups, that is, with all those who were in Bogotá for the commemoration of the first one hundred years of republican life in Colombia.*

Key words: centennial, popular classes, commemorations, elites, Independence, nation, July 20, 1910.

*También á la capa de los infelices, de los mendigos, llegó un rayo del Sol del Centenario, pues el Concejo Municipal, con delicadeza que lo enaltece, se acordó de ellos y les mandó un confite.*¹

AL MEDIODÍA DEL 20 de julio de 1910, los desdichados de un asilo de beneficencia de Bogotá recibieron un suculento almuerzo de manos de miembros de la élite de la ciudad. El “confite”, como lo llamó la *Revista de Colombia*, consistía en “un rico almuerzo servido por distinguidos caballeros y por respetables matronas, que ejercieron este bellísimo acto de patriótica caridad como el más tierno tributo al corazón de los Próceres”.² Se trataba de un hecho de profundo significado, en el sentido de que revelaba la percepción que tenía de sí misma la élite bogotana de aquel entonces. Comentando el mismo asunto, la revista agregaba: “La patria fue hoy a visitar a los miserables”,³ frase que explícitamente afirmaba que la patria eran estos caballeros y matronas respetables, como ejemplo y paradigma para los demás.

La expresión “la patria fue hoy a visitar a los miserables” bien podría cambiarse por esta otra: “los cachacos fueron hoy a visitar a los guaches”, en un juego de palabras que ejemplifica el uso de ciertos vocablos de exclusión social de la época, donde el cachaco aparece como encarnación de la élite y el guache como miembro de la plebe o del pueblo raso en general. Estas palabras eran de uso corriente desde mediados del siglo XIX.⁴ Con ellas se denominaban, unos a otros, los de arriba y los de abajo en Bogotá, en un contexto de desprecio elitista por parte de los autonombrados cachacos hacia esos otros que se designaban como guaches. La élite se esforzaba por mantener a raya sus privilegios de clase, raza y jerarquía, y estos términos bipolares de exclusión social eran funcionales en su intento.⁵

[81]

1. “Día 20 de julio”, *Revista de Colombia* 7 y 8 (1910): 205.

2. “Día 20 de julio...”.

3. “Día 20 de julio...”.

4. Sobre cachacos y guaches en el siglo XIX, ver Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1968). Acerca de obreros y sectores populares a principios del siglo XX, ver Luz Ángela Núñez, *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929* (Bogotá: Ediciones Uniandes-Ceso, 2006). Para finales de la Colonia, sobre la élite bogotana (santafereña) detentadora del poder político, económico y del prestigio social, ver Juana María Marín Leoz, *Gente decente. La élite rectora de la capital 1797-1803* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008).

5. Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945* (Bogotá: Cinep, 1991) 60.

[82]

El término guache, además, no solo cobijaba a las capas bajas de la sociedad bogotana, sino también a aquellos que llegaban de “tierra caliente”, los también llamados “calentanos”. Al finalizar los festejos de ese primer Centenario, por ejemplo, un cronista asimilaba el término pueblo con el de calentano, para referirse a las personas que vinieron de otros lugares del país a los festejos bogotanos. “La mayor parte la forman gentes del pueblo —escribe—, que buscaban espectáculos sencillos, populares, al alcance de su bolsillo y de su entendimiento y no discursos académicos ni complicaciones de la laya. A estas gentes, a los calentanos, bien poco les va que alguien divague sobre la importancia filosófica de tal proceso histórico”.⁶ A más de expresarse una homologación en los términos de pueblo y calentano, aquí el narrador parte del presupuesto de que esas personas de abajo no tienen ninguna idea de lo que es la patria. Se trata de una subvaloración en términos elitistas, que también puede interpretarse como una muestra de que la patria era una noción que en gran medida se restringía a los cachacos. Al fin y al cabo, ¿quiénes si no ellos conocían del proceso histórico, manejaban el discurso y estaban unidos por parentesco y origen social a los “padres de la patria”?

Después de todo, mientras el guache y el calentano eran representados como ignorantes, mal hablados, morenos, negros o aindiados, lúbricos, del mal gusto, irrespetuosos, flojos y borrachos, el cachaco representaba su contraparte virtuosa. El cachaco era la expresión del letrado, del hispanismo, de lo católico y blanco, con cualidades que iban desde el dominio del castellano, el refinamiento cultural, el buen vestir, el acatamiento moral y de las normas. En ese sentido, el cachaco no solo era un sujeto social que estaba por encima de las clases populares bogotanas, de los guaches, sino también sobre otros sujetos que expresaban distintas identidades regionales, los genéricamente llamados calentanos o provincianos.

El cachaco era quien encarnaba lo más exquisito de la patria, de la cultura conservadora que promovió el proyecto de Estado y nación que trajo la Regeneración con la Constitución de 1886. Proyecto que se caracterizó por un fuerte centralismo político, que en lo territorial concibió el altiplano cundiboyasence como ombligo del país, y a la Iglesia Católica como la guardiana del orden social, cultural y político de la nación.⁷ Dentro de ese

6. “Lo que se olvidó”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 23 jul. 1910: 2C.

7. Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días hasta la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre,

proyecto, Bogotá se erigió como la ciudad letrada por excelencia, la Atenas de los Andes, cuyo paradigma máximo era el cachaco, ejemplo del sujeto colombiano, expresión clasista y racista con que la clase gobernante bogotana se identificaba y quería identificar a la nación al cumplirse su primer Centenario republicano. Partiendo de lo anterior, cabe preguntarse: ¿cuál fue la participación de la plebe en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910?

[83]

El 20 de julio por la mañana

Antes de iniciar el 20 de julio llovió en Bogotá: “A pesar de la fuerte lluvia que azotó la ciudad en las últimas horas de la noche del día 19 —escribió un diario—, la multitud que se reunió en la Plaza de Bolívar y calles adyacentes fue considerable, y el entusiasmo con que entre victores y aplausos se esperó la llegada del alba no decayó ni un momento”.⁸ Mientras algunos escuchaban el tic tac de sus relojes, la ciudad amanecía cubierta por una espesa cortina de niebla. Pero pese al frío, al sonar el campaneó que señala el fin del día y el principio del siguiente, en la Plaza de Bolívar podía observarse una romería de gente esperando la llegada del primer Centenario de la Independencia, que caería un miércoles. Personas bien abrigadas, de distintos grupos sociales y diversas procedencias regionales, se habían dado cita al filo de la medianoche alrededor del solio de Bolívar. “El espectáculo que ofrecía la Plaza de Bolívar hacia la media noche era magnífico”, escribió otro rotativo.⁹ Todos, cachacos y guaches, lanudos y calentanos, esperaban ansiosos el inicio del nuevo día, como si fueran a ver nuevamente el cometa Halley, que precisamente había pasado por esas semanas sobre el cielo de Bogotá.

La Plaza de Bolívar estaba iluminada con luces eléctricas y el Ejército aguardaba la hora cero para ingresar a ella con una marcha de antorchas, tocando el himno nacional. “Al sonar las doce de la noche —narró *El Gráfico*— la multitud entonó el Himno Nacional para saludar la aurora del día 20. En el ambiente de la plaza aquel coro de miles de voces resonaba con la más solemne alegría causando profunda conmoción en el espíritu”.¹⁰ Los balcones de las casas cercanas a la plaza podían verse abiertos, con luces encendidas

2002) 56-63. También: Amada Carolina Pérez, “La invención del ‘cachaco’ bogotano: crónica urbana, modernización y ciudad en Bogotá durante el cuarto centenario de su fundación, 1938”, trabajo de grado en Historia, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

8. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 21 jul. 1910: 2C.

9. “Crónica de los festejos”, *El Gráfico* 1 (1910): 7.

10. “Crónica de los festejos...”.

[84]

que dejaban apreciar a damas y caballeros de las familias más distinguidas del centro de la ciudad. En el libro *Primer Centenario de la Independencia de Colombia*, Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza, miembros de la junta que organizó las fiestas de Centenario, llegaron a escribir una versión aún más hiperbolizada de lo que aconteció aquella madrugada: “Al sonar las doce de la noche en el reloj de la catedral —decía—, se dio un estrepitoso saludo al 20 de julio, con una salva mayor de artillería, con el canto del himno nacional por el ejército y por el pueblo acompañado por las bandas militares, con los silbatos, con los repiques de campanas de todas las iglesias de la capital, y con los gritos entusiásticos de un inmenso gentío, pues se calcula que ese día se duplicó la población normal de Bogotá”.¹¹

Un aguafiestas de esos que nunca faltan escribió, en cambio: “Las bandas militares han brillado por su ausencia. Ni una retreta, ni un valse, ni un sople. Se esperaba que en la noche del día 19 las bandas saludarían unidas la llegada del día clásico. Pero... nada. No han surgido por ninguna parte. Quizá sea esto producto de la inercia oficial”.¹² Al parecer, esa madrugada todo fue más austero de lo que quiso mostrar a la posteridad la versión oficial. Tampoco parece ser tan cierto que ese día se duplicó la población normal de Bogotá, pese a que sí llegó mucha gente, tal como lo corrobora la coincidencia de distintos estimativos de la prensa. Un impreso dijo: “el número de visitantes a la capital no rebaja de cuarenta mil personas, lo que agregado á los ciento veinte mil residentes puede dar idea de este ir y venir, de este maremágnum grandioso”.¹³ Otro impreso afirmaba que los visitantes “han concurrido de casi todos los Departamentos”.¹⁴ Según se comentaba en otro diario, fue por tal concurrencia de gente que “resolvió la Policía, para evitar robos seguros a los forasteros y dar así garantías a todos, recoger y

11. Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza, *Primer Centenario de la Independencia de Colombia, 1810-1910* (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911) 139.

12. “Lo que se olvidó...”.

13. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 20 jul. 1910: 2C. Otro periódico calculaba la misma cifra de visitantes a Bogotá: “en cuarenta mil se calcula el número de forasteros que han asistido á las festividades del Centenario”. Ver “En cuarenta mil”, *El Republicano* [Bogotá] 25 jul. 1910: 3C. El número de habitantes de Bogotá coincide, más o menos, con el censo de 1912, que hablaba de 116.951 habitantes en la capital, y 5.472.604 para todo el país. Ver *Censo general de la República de Colombia, levantado el 5 de marzo de 1912* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1912) 191-199.

14. “Ecos del Centenario”, *Popayán XXXV y XXXVI* (1910): 583.

encarcelar durante las fiestas del Centenario unos centenares de cacos de los más conocidos”.¹⁵ En efecto, muchos de los considerados ladronzuelos fueron puestos tras las rejas, al tiempo que fue proferido un decreto que amnistiaba a otros, también por motivo del Centenario. El decreto estipulaba: “Autorízase al Poder Ejecutivo para que, con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia, conceda una rebaja hasta de la quinta parte de la pena corporal que en los establecimientos de castigo de la República están sufriendo los reos rematados que hayan observado y sigan observado buena conducta”.¹⁶

[85]

Sabemos, por otro lado, que para el día 20 los barrenderos hicieron su labor de manera anticipada. A ellos, bajo el título “Los barrenderos”, el poeta Clímaco Soto Borda dedicó estos versos:

Es la hora en que la luz aplaca los luceros ante su majestad la blanca
Aurora, y limpian la ciudad los barrenderos / Hay tanto que barrer...
Qué noble obra! Tanto mal, tanto enjuague, tan impura la misma luz
del sol, tanto que sobra, y el burgués... y el político en la altura que al
pueblo oprime y sus afanes cobra... ¡Por fin hay que barrer tanta basura!
/ A barrer... a barrer, es necesario que no volvamos a la Patria Boba,
quién pudiera dar luz al Centenario, quién pudiera alumbrar nuestro
Calvario, quién pudiera volver la pluma escoba!¹⁷

Distintos relatos coinciden en que la ciudad estaba limpia y adornada, lo que no debe sorprender ya que por esas semanas los diarios no hacían más que anunciar la venta de todo tipo de bisuterías tricolores. Uno de estos anuncios rezaba: “Llegaron al Pórtico, carrera Cuarta, esquina calle 12, las banderitas tricolores con los nombres de los próceres, y faroles con iguales inscripciones; las primeras para adornar ventanas, balcones y oficinas, coches carros, banquetes etc.”.¹⁸ Al respecto, la versión oficial de los organizadores de los festejos decía: “los balcones, puertas y ventanas de toda la

15. “Revistas cómicas”, *El Domingo* [Bogotá] 31 jul. 1910: 2C.

16. “Ley Número 42 de 1909 (4 de noviembre)”, *Leyes colombianas de 1909. Colección de las expedidas por la Asamblea Nacional y por el Congreso en sus sesiones del mismo año* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1919) 84. También “Ley Número 36 de 1910 (23 de agosto)”, *Actos legislativos y leyes de Colombia expedidos por la Asamblea Nacional de 1910* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1939) 48-49.

17. Clímaco Soto Borda, “Los barrenderos”, *El Domingo* [Bogotá] 3 jul. 1910: 3C.

18. “Viva Colombia!”, *El Domingo* [Bogotá] 17 jul. 1910: 4C.

ciudad, aún en las más humildes habitaciones, y con anticipación se habían blanqueado y embellecido los edificios y aseado las calles”.¹⁹

[86]

Aquí la versión oficial tampoco coincide con los testimonios de esa gente que vivía en “humildes habitaciones”. En el periódico *El Ravachol* apareció la entrevista de una mujer que manifestaba lo que significó ese 20 de julio para ella y su familia: “Con las fiestas del Centenario se encarecieron los víveres, y sólo en tres días me ha sido permitido conseguir dos panelas para mitigar el hambre de mis hijos”.²⁰ Esta era una queja recurrente entre los pobres de la ciudad, principalmente entre los artesanos, obreros, desempleados, amas de casa y mujeres que trabajaban en el servicio doméstico, pues la afluencia de gente a Bogotá generó una súbita inflación en los precios. Otro periódico, por ejemplo, denunciaba: “Hay almacenes, como el del Día, que hicieron, en los días de víspera, ventas por valor de doscientos mil pesos diarios, término medio”.²¹ Y otro, defendiendo los intereses de los visitantes, afirmaba: “Las personas que vinieron de los Departamentos á visitar á Bogotá en las fiestas del Centenario, han ido desfilando. Muchas han llevado malas impresiones de la capital por los abusos cometidos en los hoteles, casas de hospedaje, etc., etc.”.²² Y este otro fue más enfático: “las gentes venidas de fuera han estado sometidas a la tiranía de hoteles, de fondas y de figones. Un pobre calentano ha llegado a pagar \$200 por una cama de mala muerte. Ha habido abuso”.²³

Sobre la participación popular en los festejos del Centenario es poco lo que registra la prensa, encontramos, eso sí, distintas querellas como las antes aludidas. Una de las que más se mencionaba era que a muchos trabajadores de talleres y almacenes no les dieron ese día de descanso. “Sabemos que hay extranjeros que hoy engalanarán los balcones y puertas de sus almacenes con banderas tricolores [...]. Esos extranjeros están en la obligación moral de conceder vacaciones al menos tres días cada cien años á los empleados colombianos que tienen bajo su dependencia”, escribía el periódico *Gil Blas*.²⁴ Por su parte, *La Razón del Obrero* advertía que si bien hubo talleres que suspendieron sus faenas de trabajo, “no han sido secundados por otros, especialmente los de algunas imprentas, que no ven en el obrero más que

19. Marroquín e Isaza, “Primer Centenario...” 139.

20. “El Centenario y los desheredados”, *El Ravachol* [Bogotá] 31 jul. 1910: 2C. También ver “El Centenario y los proletarios”, *El Ravachol* [Bogotá] 17 jul. 1910: 2C.

21. “En cuarenta mil”, *El Republicano* [Bogotá] 25 jul. 1910: 3C.

22. “Las personas”, *Gil Blas* [Bogotá] 25 jul. 1910: 3C.

23. “Lo que se olvidó...”.

24. “Sabemos que hay extranjeros”, *Gil Blas* [Bogotá] 20 jul. 1910: 3C.

un elemento para su negocio, y no un sér humano que necesita siquiera sea el descanso á que tienen derecho las bestias de carga. Estos señores deben señalarse como las verdaderas sanguijuelas del pueblo”.²⁵ Lo anterior pese a que el gobierno había declarado festivos los días que van del 18 al 23 de julio.²⁶ Aunque sabemos que para esta época la garantía laboral de los tres ocho (8 horas de trabajo, 8 horas de estudio y 8 horas de descanso) aún estaba lejos de ser una realidad, no deja de sorprender que para muchos trabajadores el día del Centenario fuera otro más de labor.

[87]

Un periodista de *El Republicano*, que escribía bajo el seudónimo de Ciprián Pericles, llegó a narrar una detallada crónica sobre el comportamiento de las personas que llegaron de otras partes. “Vi también los provincianos —escribió—: esas gentes que, haciendo grandes sacrificios, venían de los extremos de la República; esas gentes sencillas de los pueblos, de los cuales muchos no saben todavía qué significan estas fiestas, qué significan las palabras Independencia, Libertad”.²⁷ Aquí, con cierta benevolencia, nuevamente se halla una subvaloración de la capacidad de la gente común para entender ideas abstractas relacionadas con la nación. En su relato, Pericles dice que vio a “los provincianos” recorriendo las calles del centro de la ciudad, con las bocas abiertas y los corazones acelerados, observando las estatuas que se habían inaugurado, deslumbrados por las luces eléctricas y con miedo de ser atropellados por algún automóvil. A las mujeres las describe vestidas con faldas de zaraza, con un pañolón en la cabeza, de colores vivos, y con zapatos de cuero, con cuerpos marcados por las huellas que dejan las largas faenas de trabajo, muchas acompañadas de sus maridos, y siempre caminando en dirección a alguna tienda de mala muerte, en busca de alcohol. Así mismo, afirma que estas personas podían observar durante su paso por las calles a pálidas damas bogotanas, con sus corsés y coloretos, pelucas y ojos postizos, muchas de las cuales usaban para embellecerse inyecciones de sangre de perro. Cuenta el cronista que mientras caminaba alcanzó a escuchar la conversación de una pareja de esposos, muy representativos del tipo de gente que llegó ese día a la ciudad. Escribe:

25. “Con motivo del Centenario”, *La razón del obrero* [Bogotá] 22 jul. 1910: 3C.

26. “Ley Número 18 de 1910 (1 de julio)”, *Actos legislativos y leyes de Colombia expedidos por la Asamblea Nacional de 1910* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1939) 30-31.

27. Ciprián Pericles, “Los festejos del Centenario. Los provincianos por esas calles.... Lo que vi.... Lo que no vi...”, *El Republicano* [Bogotá] 30 jul. 1910: 3C.

Ella —Jeremías, dime, ¿cuál es el señor Simón?

Él —El que acabamos de ver en la Plaza...

Ella —¿Luego no me dijistes que ese era ñor Bolívar?

Él —No seas bruta, mujercita querida, es que Bolívar es el apellido, y Simón el nombre de nuestro Libertador.

Ella: Aunque no me convences, quiero que me *expliqués* esto otro: ¿de qué Libertador es que nos hablan tanto?

Él: Del Libertador Simón Bolívar, que nos dio la Independencia y la Libertad...

Ella: Pero yo por más que me *devaneo* los sesos, no veo tal *libertá*. ¿No ves que don Torcuato, en nuestro pueblo es dueño de nuestras vidas y de nuestras sementeras...? Eso es lo que llaman *libertá*...?

Él: No sé, mujer, qué contestarte. Eso lo averiguaré con el Cura, ahora que volvamos a nuestra tierra.²⁸

[88]

No es difícil darse cuenta que esta conversación es una caricatura creada por quien supuestamente solo transcribe un diálogo. Ella contiene una crítica social que satiriza el elitismo de la época, sin duda, pero dentro de los límites de la visión del mundo de ese mismo elitismo. Es así que esta caricatura puede leerse como una sátira que hace un cachaco asumiendo las voces de un par de guaches de provincia. La voz que realmente se escucha es la del cachaco, voz que habla desde la perspectiva de un hombre blanco, paternalista, de valores morales católicos, de cultura hispánica y virtuoso en el manejo del idioma. Como en todo paternalismo, el texto muestra cierta benevolencia por los pobres, que en el fondo esconde la visión racista y clasista de una élite que podía darse el lujo de referirse a ellos con cínico humor. A pesar de la aparente transparencia que sugieren las marcas textuales de la supuesta transcripción de una conversación, este diálogo ficcional nos deja escuchar la voz de su autor, cuyos personajes resaltan la ignorancia del guache, mientras que se destaca al cachaco letrado como heredero legítimo de los valores de la patria. “Él” y “Ella” se ven excluidos de la patria como bien material y simbólico; no son dueños de la tierra que trabajan ni de los conceptos que vienen a festejar. El autor cachaco, en cambio, es dueño del poder discursivo que le permite burlarse de los no letrados y, además, hablar por una plebe reducida a un estereotipo unidimensional que ignora el significado de los festejos del Centenario. Los personajes se infantilizan

28. Pericles, “Los festejos...” 3.

por cuanto no pueden identificar la figura de Bolívar, ni pronunciar palabras como libertad. De esta manera, el autor paternalista excluye a los guaches de su patria imaginaria, a la vez que la construye como un espacio privilegiado por medio de esa exclusión.

En las afueras de la Catedral

Pero volvamos nuevamente a lo que sucedió inmediatamente fue recibida la aurora del día 20. Las crónicas afirman que la gente salió desfilando por las principales calles del centro hasta encontrarse con el amanecer. Posteriormente, muchos de los trasnochadores fueron a descansar a sus casas, al tiempo que iban apareciendo nuevos grupos a llenar el vacío que iba quedando. Dentro del programa oficial, el primer evento dispuesto fue una misa en la iglesia de La Veracruz, a las siete de la mañana. Se sabe de una *misa de réquiem* por la paz “eterna de los venerables muertos”, es decir, los héroes de la Independencia. La misa también servía para inaugurar la restauración del templo, que desde entonces pasó a contener un mausoleo que fue llamado el Panteón de los Próceres. Ahí se pusieron a reposar los restos de Francisco José de Caldas y Francisco Antonio de Ulloa, quienes unos meses atrás fueron hallados por el párroco mientras se hacían arreglos al templo. El curita había logrado descifrar la identidad de los venerables difuntos, de quienes se sabe fueron ejecutados por el pacificador Pablo Muriello, en la Plazuela de San Francisco, hoy Parque Santander, frente a la iglesia de La Veracruz. Sabemos que hubo un pequeño rifirrafe por el destino que debían tener los restos, pues fueron pedidos por sus paisanos de Popayán, ciudad natal. Sin embargo, en una especie de acto salomónico, el cura decidió enviar las cabezas a Popayán, mientras los esqueletos, junto a los de otros patriotas, fueron depositados en La Veracruz.²⁹

Este episodio es interesante porque parte del dinero con el que se costó la reconstrucción del templo, como panteón, provenía del bolsillo de los pobres. Según se comentaba: “en los muros de aquel edificio, mediante la dádiva de centavos, está la ofrenda de los pobres, de los humildes, de los desheredados de Bogotá, consignada en la palma de la mano de un joven levita que la tendió con fe ante ellos, evocando el patriotismo y la piedad de las gentes sin nombre”.³⁰ El *réquiem* en La Veracruz sería el único acto en que los pobres tuvieron una participación más o menos activa dentro

[89]

29. “Día 20 de julio”, *Revista de Colombia* 7 y 8 (1910): 202-203.

30. “Día 20 de julio” 203.

[90]

del programa oficial de los festejos del 20 de julio. Lo que no deja de ser significativo si se tiene en cuenta que su participación se daba en calidad de piadosos devotos católicos y no como ciudadanos seculares en el sentido en que se entiende este concepto en las democracias modernas. El reemplazo del ciudadano por un católico virtuoso, ha dicho un investigador sobre esta época, tuvo su correlato en Colombia en la sustitución de la trilogía de libertad, igualdad y fraternidad que nace con la Revolución Francesa, por la trilogía de caridad, obediencia y moralidad, que fueron las características que quiso imponer el proyecto político de la Regeneración en la formación de los sujetos colombianos.³¹

Ahora bien, al terminar el evento en La Veracruz, a las ocho de la mañana, el presidente de la República, general Ramón González Valencia (1909-1910), recorrió a caballo el frente del Capitolio hasta detenerse ante la estatua de Bolívar, donde leyó un discurso en el que hizo votos por la paz del país. Acto seguido, los asistentes se congregaron en la catedral para asistir al segundo evento del programa: otra misa. Esta era un *Te Deum* que estuvo presidido, como corresponde, por el alto clero capitalino, el presidente, miembros del cuerpo diplomático, magistrados, autoridades civiles, militares, notables representantes de la sociedad bogotana y gente común de los sectores plebeyos. Esa vez el canónico Rafael María Carrasquilla pronunció una oración tan larga que más bien parecía otro de los extensos discursos que se escucharon ese día. En su alocución, Carrasquilla defendió la tesis según la cual “la Iglesia fue la civilizadora de nuestra Nación, la libertadora de nuestra Patria, la fundadora de nuestra República”. Y al igual que muchos otros en ese día, Carrasquilla se refirió a España como la Madre Patria: “Deudores somos de nuestra civilización a la madre España”, decía de quien habría dado a Colombia el idioma, la raza y la verdadera religión: la católica.³²

Con razón, desde días antes de estos eventos, el periódico *Gil Blas* venía advirtiendo el tono hispanista y clerical que tomaría la celebración del Centenario. Según ese periódico, el Centenario más bien parecía un festejo a favor de España y de la Iglesia Católica: “Un clérigo español ocupará una tribuna pública, histórica y civil el 20 de Julio —óigase bien: el 20 de Julio—”, vaticinaba. Luego decía: “Feliz inconsecuencia de nuestra admirable Junta

31. Miguel Ángel Urrego, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930* (Bogotá: Ariel / Fundación Universidad Central, 1997) 50-51.

32. La oración de Carrasquilla puede leerse completa en: Marroquín e Isaza, “Primer Centenario...” 141-145.

del Centenario! Ese enredo, ó como dicen en el vulgo, ese *champurriao*, repugna al pueblo. El 20 de Julio tiene que ser el Centenario de nuestra Independencia, ó mejor, de la indopendencia [sic] americana; no conmemora la conquista y mucho menos la colonia feroz”.³³ Ciertamente, según llegó a pronosticarse en ese diario, en los discursos de ese día no fue mencionado ningún sector social que hoy pudiera llamarse subalterno, ni los negros ni los indígenas, ni los campesinos ni los obreros, como si estos no hicieran parte de la nación.

[91]

Mientras se celebraba esta ceremonia en la catedral, en el resto de la ciudad circulaba la edición del periódico de más amplia difusión en Bogotá, *El Nuevo Tiempo*, con una noticia bastante curiosa reproducida de un diario estadounidense. Se narra el caso de una dama bogotana, la señora Manuela Mallarino, quien en un acto protocolario, a bordo de un barco, rehusó estrechar la mano del expresidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt. El argumento que esgrimió la dama para explicar su displicencia era el siguiente. Decía que su abuelo, el expresidente Mallarino, durante la administración de Roosevelt firmó un tratado con Estados Unidos en el que se definió que Panamá era territorio colombiano, y que en caso de cualquier inestabilidad Estados Unidos restablecerían el orden en el Istmo. “El señor Roosevelt —afirmaba la señora—, cuando fue Presidente de los Estados Unidos, violó ese Tratado. Hizo más, fomentó la revolución para que Colombia perdiera el Istmo. Pienso que este fue un gran borrón en la Historia de los Estados Unidos, porque los colombianos estamos firmemente convencidos de que con el establecimiento de la República de Panamá no se hizo más que un robo á Colombia”.³⁴ El informe de prensa narraba que el jefe del protocolo estadounidense se retiró confundido ante las palabras de la ínclita dama, mientras ella, indignada, hizo lo propio a sus camarotes.

La difusión de esa noticia, el día de la Independencia, era una expresión de la actitud antiestadounidense que cruzaba la sensibilidad con la que se festejó el Centenario. Sin duda era un ánimo alimentado por la reciente pérdida de Panamá. En una querrela que parece baladí, por ejemplo, el periódico *El Ravachol* se quejaba de que uno de los miembros de la junta

33. “Apuntes del Centenario. Nuestras inconsecuencias”, *Gil Blas* [Bogotá] 14 jul. 1910: 3C.

34. “Una colombiana”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 20 jul. 1910: 3C. Entre otros, ver también: “Curioso incidente en el que se ve que una mujer rechaza el honor de estrechar la mano de Mr. Roosevelt”, en *Gil Blas* [Bogotá] 25 jul. 1910: 2C.

[92]

organizadora de los festejos del Centenario llevaba el mismo apellido del expresidente José Manuel Marroquín, al que los colombianos le entregaron un país y les devolvió dos. “Lorenzo Marroquín —escribía *El Ravachol*—, es este el nombre de uno de los que componen la Junta del Centenario. Al escribir este nombre y este apellido, que nos huelen á sangre, recordamos con indignación y tristeza la pérdida de nuestro antes querido Panamá”.³⁵ Por el mismo periódico se sabe que en un evento realizado en el Parque Santander el expresidente Marroquín fue abucheado por un grupo de personas que ahí se congregaba. El expresidente José Manuel Marroquín era descendiente de Antonio Ricaurte, héroe de la Independencia, y muchos confundían a José Manuel con su hijo Lorenzo: “Lorenzo ya no puede entrar ni al infierno —decía otro periódico confundiendo al hijo con el padre—, porque no es difícil que los condenados abandonen la mansión satánica por no codearse con el responsable de la separación de Panamá”.³⁶

Pero era en las calles donde mejor se expresaba ese sentimiento anties-tadounidense. Todo empezó con un episodio ocurrido en marzo de ese año, cuando un niño, “un chino de la calle”, intentó subir sin pagar al tranvía y fue bajado a empellones por el conductor, quien lo azotó con el mismo látigo con el que jarreaba las tristes mulas que empujaban los carruajes. Un agente de policía salió en defensa del pequeño, sujetando al chofer, quien a su vez fue socorrido por el gerente del tranvía, un gringo colérico que se lanzó contra el policía, pegándole y gritándole toda clase de improperios en inglés y en español. El gerente era míster Martin, ciudadano estadounidense sobre quien se lanzaría enseguida un grupo de transeúntes para detenerlo³⁷. “El señor Martin —narró un periódico—, Gerente del Tranvía, ha provocado, con sus propios puños, un grave conflicto contra la empresa de que hace parte. El señor Martin no sólo ataca ya á trompada limpia á ciudadanos particulares sino que descarga sus manos de púgil insolente sobre personas investidas de autoridad. Ayer le dio de golpes á un particular; hoy levanta el puño contra un Agente de la Policía Nacional. Ultrajó, pues, la soberanía nacional”.³⁸

Míster Martin fue conducido a la cárcel Central, rodeado por policías y por el embajador norteamericano, quien rápidamente acudió en su ayuda.

35. “Lorenzo Marroquín”, *El Ravachol* [Bogotá] 25 jun. 1910: 3C.

36. “Lorenzo Marroquín”, *Gil Blas* [Bogotá] 25 jul. 1910: 3C.

37. Tomás Rueda Vargas, “El boicoteo al tranvía en 1910”, *Registro Municipal* 102 (1937): 139-141.

38. “Lo del Tranvía. El origen del conflicto”, *El Republicano* [Bogotá] 9 mar. 1910: 2C.

Mientras tanto, un grupo de manifestantes los siguieron lanzando piedras y frases contra Estados Unidos. Más tarde, narraba *El Republicano*, “volvieron á formarse grupos mitigueros frente a las oficinas del Tranvía (San Francisco). Lanzaron unas piedras contra las puertas y ventanas y luego se ramificaron hacia las diversas estaciones de la Empresa”.³⁹ En adelante la ciudad inició una campaña de sabotaje contra la circulación del tranvía, por medio de un boicot general que tenía como objetivo que nadie usara ese medio de transporte hasta tanto no pasara a la administración municipal.

[93]

El movimiento contra el tranvía fue creciendo a medida que se acercaban las fiestas del Centenario, concentrándose así sobre la persona de místico Martín todo el desprecio contra su país. De tal suerte que para el 20 de julio la gente tampoco usó el tranvía, valiéndose en su lugar, pese al frío, de largas caminatas a pie, bicicletas, coches de caballos, coches de dos y cuatro ruedas, automóviles, autocamiones y hasta de caballos y otros animales de tiro, según las posibilidades económicas de cada quien. También dispuso del ferrocarril del Norte para comunicar el Centro con Chapinero. Pero no faltaron quienes aprovecharon la situación para subir los precios de esos otros medios de transporte. Al respecto denunciaba *El Republicano*: “El boicoteo del tranvía ha continuado, á pesar de la afluencia de gente, durante los días del Centenario. Con este motivo, naturalmente, los cocheros han hecho su Agosto, en pleno Julio. Han cobrado hasta mil pesos por la hora”.⁴⁰ Sea como fuere, la protesta contra el tranvía se mantuvo. El 20 de julio, el diario *El Domingo*, de tendencia liberal radical, refiriéndose al sabotaje del tranvía, llamó a que “nada que tenga que ver con el pueblo que nos traicionó, arrebatándonos a Panamá, sea aceptado en Colombia”. Para luego rematar diciendo: “Evitemos que ese pueblo, Caín internacional, siga insultando nuestro honor con la presencia en nuestra República de sus ciudadanos. Tengamos voluntad de prescindir de todo lo que se relacione con esa raza maldita y que pudiera sernos fatal en nuestra vida de pueblo libre”.⁴¹

Ese mismo día, *El Nuevo Tiempo* aplaudía a todos los que venían apoyando el boicot contra el tranvía, el cual, según informaba, “continúa con un vigor y un tesón que animan y confortan. Los carros del tranvía pasan vacíos, entre el silencio grave de unos y las sonrisas burlonas de otros. [...] vaya un aplauso fervoroso para los millares de visitantes que acompañan á

39. “Lo del Tranvía...”.

40. “El boicoteo del tranvía”, *El Republicano* [Bogotá] 25 jul. 1910: 3C

41. “El boicoteo del tranvía”, *El Domingo* [Bogotá] 20 jul. 1910: 3C.

[94]

Bogotá en su decorosa actitud”.⁴² Es verdad que muchos de los que llegaban a la ciudad tomaron parte del boicot, sin embargo, se encuentra el relato de un viajero que, varios meses después, narró una mala experiencia que tuvo por no estar informado del conflicto de transporte durante las fiestas del Centenario. Así, dado que durante los festejos el tranvía solía ir al encuentro de los visitantes que desembarcaban en la estación del tren, donde los aguardaba esperando a que usaran el servicio, uno de estos desprevenidos pasajeros contó:

A las cinco llegamos en el ferrocarril á la Estación del Norte, eso sí, todos con los pañuelos en las narices, aunque no lloviznaba. Yo salí por derecho al camellón, y ahí no más iba el tranvía. Empecé á correr gritando ¡pare!, y el carro paró. Me senté y empecé á calcular cuántas cuadras eran para llegar á mi posada. Pero en eso unos hombres se atravesaron delante de las mulas á no dejar andar el carro, y otros gritaban ¡Traidor! ¡Traidor! mirando para el carro. Yo me dije para mi capote: esto es contra alguno que va aquí. Y me puse á mirar con disimulo y de reojo, á ver con cuál de mis compañeros era la furrusca.volví á la carrera la cabeza para todos lados, y no vi á nadie. Un escalofrío me corrió por todo el cuerpo, y me empezó a dar vueltas el mundo. La gritería era contra mí. Seguro me estaban confundiendo con quién sabe qué criminal. Y al panóptico me llevarían, porque yo no tenía aquí ningún conocido. Quise hablar, y no pude. La gente gritándome ¡traidor! ¡traidor! se botó al carro a sacarme. Pero unos querían sacarme por un lado y los otros por el otro, y así me iban desbaratando. Al fin me bajaron los que tenían más fuerza.⁴³

Este jocoso pasaje sirve para ilustrar el antiyanquismo plebeyo con el cual sectores populares de Bogotá recibieron el primer Centenario de Independencia. Algunas consignas que se lanzaron con motivo del boicot corroboran los anteriores, por ejemplo, se decía: “La América Latina para los latinoamericanos”, “La doctrina Monroe ha muerto”, “Firmes, boicoteo”, “Abajo los yanquis”, “Mueran los yanquis”, “Abajo los usurpadores”, “Quien monte en el tranvía será considerado como yanqui”, “Mueran los ladrones

42. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 20 jul. 1910: 2C.

43. Silvestre Roca, “El tranvía. Sus ventajas y sus inconvenientes”, *La Unión Patriótica* [Bogotá] 24 sep. 1910: 5C.

del territorio colombiano”, “Viva la soberanía colombiana”.⁴⁴ Por lo demás, debe anotarse que ese sentimiento antiestadounidense que recorrió las calles el 20 de julio era compartido tanto por cachacos como por guaches, pero en distintos niveles, ya que fueron los artesanos, trabajadores asalariados e independientes, amas de casa, obreros y gente pobre del común quienes sostuvieron el boicot hasta el final, es decir, hasta cuando el tranvía pasó a manos de la administración municipal el 7 de octubre de 1910.

[95]

Exclusión centenaria

Dentro del programa de los festejos, el tercer acto consistió en el almuerzo que ya fue nombrado. Así lo informó la prensa: “Los pobres asilados que hay en la ciudad también han tenido su rato de grata expansión: la Municipalidad los ha obsequiado con un suculento almuerzo, servido por caballeros y damas honorabilísimas”.⁴⁵ Era la patria que iba y llevaba sus confites a los desdichados. Aquí la patria es descrita en forma de águilas triunfales que sobrevuelan el alma de los pobres: “por sus rudas almas de vencidos también ha pasado un rayo de luz y ante sus ojos ya marchitos por las lagrimas de tantos dolores comprimidos han pasado en fiero vuelo triunfal las águilas insignes de Boyacá, Junín y Ayacucho”.⁴⁶ Otra crónica decía: “No se olvidó en el programa de este memorable día á los desheredados de la fortuna (...), señoras distinguidas y caballeros principales se ofrecieron á porfía para servir á los pobres un almuerzo tal como no siempre se da en casa de los ricos”. Y finalizaba con este lamento: “es una lástima que no se tomasen fotografías de estos actos”.⁴⁷ En el lenguaje católico de la época, cualquiera hubiera podido decir que el señor bendice al dador alegre, que las buenas acciones se hacen sin buscar reconocimiento.

44. Tanto las consignas antiestadounidenses mencionadas, como la reconstrucción más detallada del boicot contra el tranvía pueden hallarse en: Renán Vega Cantor, *Gente muy rebelde. Mujeres, artesanos y protestas cívicas*, tomo III (Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2002) 92-105. También ver: Samuel Jaramillo y Adriana Parías, “Vida, pasión y muerte del tranvía en Bogotá”, *Documentos CEDE, Universidad de los Andes* 1995.03 (jun. 1995): 4-10; Fabio Zambrano, “Boicot al Tranvía”, *El Tiempo (Lecturas Dominicales)* [Bogotá] 5 jun. 1988: 12-13C.

45. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 21 jul. 1910: 2C.

46. “Festejos patrios...”.

47. Marroquín e Izasa, “Primer Centenario...” 154-155.

[96]

Como se sabe, este almuerzo surgió como iniciativa del Concejo Municipal. Según un estudio sobre la composición social de este Concejo es posible saber que lo integraban miembros letrados de la ciudad. Se trataba de notables que por su procedencia y origen social estaban vinculados al poder económico y político de la sociedad bogotana.⁴⁸ Eran los llamados cachacos que encargaban a otros similares suyos una visita a los guaches. De esta manera, la élite capitalina cumplía su función redentora y civilizadora, imponiendo su ejemplo, según el modelo ideal de funcionamiento social que promovía el proyecto político de la Regeneración (caridad, obediencia y moralidad católica). Así no se tomaran fotos, este almuerzo era un acto de demostración pública, tan elocuente como los discursos que elaboraron estos letrados para el día de la Independencia. Es así que no solo los discursos funcionaban para hacer demostraciones de jerarquía, a través del manejo de la historia y del buen uso del idioma, en medio de un país de grandes mayorías analfabetas. Igualmente, los demás ritos, prácticas y fiestas públicas que conmemoraban grandes acontecimientos, tales como el de la Independencia, funcionaban para hacer demostraciones de poder.

Poco antes del mediodía, el presidente ofreció una recepción en el Palacio de la Carrera, donde recibió a diplomáticos, a miembros de las altas corporaciones del Estado y al clero. Se leyeron discursos. Paralelamente, el cuerpo legislativo realizó su propia sesión, compitiendo en discursos con el Concejo Municipal, que ofreció un acto solemne en el atrio del Capitolio. En este lugar, tal como lo hizo el cabildo de la ciudad un siglo atrás, el Concejo leyó el Acta de Independencia, que repartió al público antes de colocarse una placa en el sitio donde ocurrió la reyerta del Florero de Llorente.⁴⁹ Al mediodía, en las escuelas de primaria se hicieron ceremonias en las que también se leyó el Acta de Independencia, se colocaron retratos de Bolívar y Ricaurte en las escuelas de niños, y de Policarpa Salavarrieta en las de niñas. Posteriormente, todos los antes mencionados, partieron desde sus respectivos lugares hacia la Plaza de Bolívar. De ahí salió un gran desfile hacia la Plaza de Nariño (hoy Plaza de San Victorino), a inaugurar la estatua del prócer del mismo nombre: “Cuándo y en dónde puede hallarse nada

48. Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)* (Bogotá: Editora Guadalupe, 2006) 126-129.

49. “Crónica de los festejos...” 7.

comparable a ese desfile de gracia y belleza supremas, de elegancia y chic”, se preguntaba la prensa ante el espectáculo que supuso tal procesión de gente.⁵⁰

El desfile fue precedido por el presidente y sus ministros, el alto clero, autoridades civiles y militares, damas y caballeros distinguidos, entre niñas y niños de escuelas de primaria, junto a los cuales iban estudiantes del Colegio Mayor del Rosario (“los rosaristas”) y del San Bartolomé (“los bartolinos”). Mientras tanto, la gente del común aguardaba en la Plaza de Nariño, esperando la llegada de esta marcha de notables. El desfile fue iniciado por el Ejército, que en dos hileras ocupaba más de diez cuadras, y en medio del arco que formaban los militares caminaban todos aquellos que bien podían autonombrarse como la crema y nata de la patria. No por nada se decía que las organizadoras de este evento, encabezadas por doña Soledad Acosta de Samper, junto con otras matronas, eran “damas bogotanas cuyos apellidos recuerdan la vieja aristocracia colonial, y los nombres de próceres ó de beneméritos servidores de la República”.⁵¹ Es decir: toda esta capa de notables se consideraba a sí misma vinculada por lazos de sangre con los fundadores de la patria, incluso desde mucho antes de la Independencia, desde la época colonial. Al llegar a la plaza, se entonó el himno nacional, y luego de los largos discursos correspondientes, fue descubierta la estatua de bronce de Antonio Nariño, en presencia de sus dos únicos nietos, “dos ancianos agobiados bajo el peso de los años, concurrían á la inauguración de la estatua de su abuelo”,⁵² llegó a escribirse. Uno de los nietos descubrió la estatua su abuelo, le puso una corana encima y luego, con una voz medio ahogada por el tiempo, manifestó su gratitud y la de su familia a las damas organizadoras del evento. A continuación, siguieron los interminables discursos...

Tal como lo muestra la foto, en el centro de la multitud se encuentra un sacerdote, indicando la centralidad de la Iglesia Católica en el evento. A su alrededor, vestidas de blanco, hay damas, señoritas y niñas prominentes de la ciudad. Alrededor de ellas, vestidos con trajes negros y sombreros de copa y bombín, se hallan los caballeros de la élite. Por último, se aprecian grupos pertenecientes a las clases populares, tanto visitantes como habitantes de la ciudad, en su mayoría bien vestidos para la ocasión. Entre ellos los llamados calentanos pueden identificarse por el ala ancha de sus sombreros, propio

[97]

50. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 21 jul. 1910: 2.

51. Marroquín e Isaza, “Primer Centenario...” 156.

52. Marroquín e Isaza, “Primer Centenario...” 158.

[98]

de las personas de “tierra caliente”; también pueden identificarse hombres y mujeres con ruanas, atuendos propios de las clases populares bogotanas y de sus alrededores. Dado que este fue el evento más importante durante todo el día, puede decirse que ese 20 de julio estuvo dedicado a la figura de Antonio Nariño. Visto desde hoy, por la centralidad que tuvo este acto el día del primer Centenario, llama la atención que actualmente la estatua del mencionado patriota haya sido quitada del lugar que llevaba su nombre. Y digo llevaba, porque años después la plaza cambió su nombre laico por el del santo que tuvo antes, San Victorino. En el presente la estatua reposa en el lugar donde vivió el prócer, es decir, en la Casa de Nariño, lugar donde residen los presidentes colombianos durante sus periodos de gobierno.

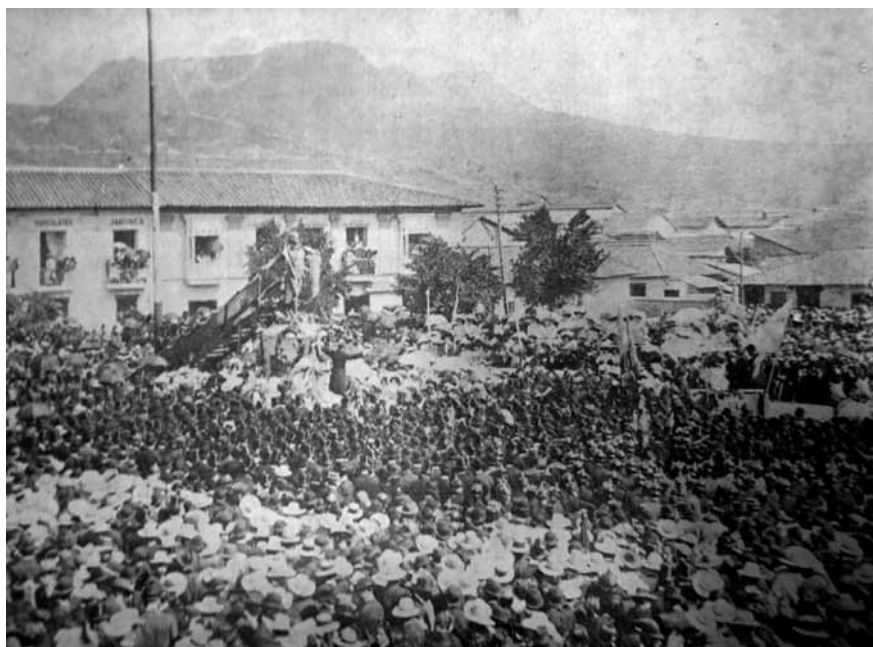


FIGURA 1.
Plaza de Nariño (hoy Plaza de San Victorino). *El Gráfico 2* (1910): 4.

Ahora bien, al final de la ceremonia la gente fue dispersándose poco a poco por entre las calles 12 y 13, orientándose muchos hacia las Calle Real y de Florián (hoy carreras séptima y octava), las más céntricas de la ciudad, mientras el Ejército regresaba a sus cuarteles y algunos notables se reunían en sus casas. Los más afortunados deambulaban en sus carros a paso de tortuga, no tanto para evitar atropellar a alguno como para que todo el

mundo los viera, pues el automóvil se había convertido en un gran símbolo de estatus. Tanto era así que para adaptarse al estilo de los burgueses de otras latitudes, los cachacos capitalinos y los altos funcionarios públicos, en general, habían incluido el automóvil en este tipo de ritos oficiales. Justamente, este fenómeno tuvo su máxima expresión ese 20 de julio, ya que en horas de la tarde se presentó un desfile de automóviles que pasó por Chapinero, Usaquén, Serrezuela y el Puente del Común.⁵³ Por lo demás, se trata de un hecho que mostraba como ya en 1910 el estilo burgués de vida convivía con el viejo estilo señorial.

[99]

Al caer la tarde, aún las plazas y calles del centro de Bogotá estaban atiborradas de gente del pueblo, tanto bogotanos como los venidos de otros sitios, que se movían de un lado a otro, dentro de una atmosfera festiva en que la diversión más grande era verse las caras unos a otros. Es muy seguro que muchas de estas personas se dedicaran a recorrer el Parque de la Independencia y el Parque del Centenario (entre las actuales carreras quinta y séptima, y calles 24 y 26). El Parque de la Independencia fue llamado así desde 1909, antes era conocido como el Bosque de Reyes. El Parque del Centenario debía su nombre al festejo de los primeros cien años de Simón Bolívar. Ambos parques fueron acondicionados para los festejos del Centenario, y en uno de ellos, en el de la Independencia, tuvo lugar la exposición Industrial y Agrícola.⁵⁴ Cabe anotar que esta exposición se limitó a la exhibición de artefactos y productos industriales, objetos artísticos y animales, dejando por fuera cualquier referencia al pasado indígena o africano, e incluso a la formación cultural de la sociedad colombiana. “El punto de referencia estuvo definido en todo momento por los logros europeos con lo cual la Exposición se convirtió en una manera de equiparar al país con el mundo civilizado”, escribió hace poco un investigador.⁵⁵ Pero esta exposición solo se inauguró a partir del 23 de julio.

53. Urrego, “Sexualidad, matrimonio...” 86.

54. Alejandro Garay, “La Exposición del Centenario: una aproximación a una narrativa nacional”, *La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910* (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005) 39-61.

55. Luis Carlos Colón, “La ciudad de la Luz: Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910”, *La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910* (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005) 26. Al respecto, otro estudioso ha agregado: “la exhibición de 1910 quiso evitar, precisamente, que los saberes de la ‘masa profunda y amorfa’ opacaran la escenificación de la ‘alta cultura’ que las élites buscaban proyectar como imagen de un país

[100]

Al llegar la noche, en el Palacio de la Carrera, el presidente ofreció un grandioso banquete a sus invitados. Según el informe oficial de los organizadores de los festejos: “Los salones del Palacio presidencial estaban espléndidamente iluminados y adornados; y el banquete se sirvió en el comedor de columnas, con tanta suntuosidad como elegancia. A la hora de los postres, cruzáronse entre el Jefe de la nación y el Decano del Cuerpo Diplomático, Monseñor Ragonesi, los expresivos discursos”.⁵⁶ Los discursos fueron en verdad lo que más abundó durante aquel día, todos dentro de una retórica patrioterica que hacía gala de cierto barroquismo en el idioma, lo que servía para reivindicar cierta vinculación con la patria, ya fuere por origen o por condición social. No es de extrañar, entonces, que varios días después el periódico radical *El Domingo* ironizara en los siguientes términos sobre los oradores: “Los oradores en estilo vario han dicho necedades por doquiera/ Pero el público apela a la carrera pues salvar el pellejo es necesario, al ver surgir millares de oradores/ De entre la multitud, muchos señores que mi lápiz guasón aquí no nombra, han preguntado, graves y altaneros: ¿Porqué si en la Central hay mil rateros no van los oradores a la sombra?”.⁵⁷ Por cierto, la grandilocuencia y el exagerado uso de adjetivos que caracterizó a los oradores de aquel 20 de julio sirvieron para que las alocuciones altisonantes recibieran en Colombia, hasta el día de hoy, el despectivo calificativo de “discursos veintejuliosos”.

Entre tanto, a las ocho de la noche, precedida por trompetas, una banda de música y soldados que portaban fusiles a sus espaldas y antorchas en las manos, salió una procesión compuesta por carros alegóricos a la historia colombiana. Los carros representaban la Conquista de América, los conquistadores en la Sabana, la fundación de Bogotá, los Comuneros, la instalación de la Audiencia, el 20 de julio, Ricaurte en San Mateo, Nariño en Pasto, Policarpa Salavarrieta, El Terror y las tres Repúblicas.⁵⁸ “Los carros alegóricos —escribió *El Gráfico*— recorrieron en procesión nocturna el radio principal

civilizado. Ninguna manifestación de la cultura popular fue tenida en cuenta por los organizadores, interesados únicamente en ver su propia imagen reflejada en el espejo de la cultura europea”, ver Santiago Castro-Gómez, “Señales en el cielo, espejos en la tierra: La Exhibición del Centenario y los laberintos de la interpelación”, *Genealogías de la colombianidad*, ed. Santiago Castro y Eduardo Restrepo (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Pensar, 2008) 243.

56. Marroquín e Isaza, “Primer Centenario...” 180.

57. “Revistas cómicas”, *El Domingo* [Bogotá] 31 jul. 1910: 2C.

58. “Programa del Centenario”, *El Domingo* [Bogotá] 10 jul. 1910: 3C.

de la ciudad desde San Agustín hasta San Diego pasando por toda la Avenida Colón. Iban escoltados por el Ejército que llevaba antorchas”.⁵⁹ Los carros eran vistos con gran emoción por la gente, que se orillaba en las aceras para contemplarlos y luego seguirlos en algunos trechos de su recorrido. Este, que era el último acto dentro del programa oficial, fue lo más entretenido durante ese día. Luego los concurrentes siguieron deambulando de un lado a otro, mientras la ciudad iba haciéndose fría y quedaba como máxima entretención ver las bombillas eléctricas que se pusieron para la ocasión. Según se afirmaba, la gente del común, los llamados guaches, permanecieron en las calles hasta las últimas horas de la noche: “El pueblo —escribió un periódico— se ha quitado esta vez la máscara de su melancolía”.⁶⁰

[101]

Al terminar los festejos del 20 de julio aún continuaron otros actos oficiales durante los días siguientes, pero la apoteosis del Centenario podía darse por concluida esa noche. De tal suerte que Bogotá volvió a su parsimoniosa rutina, con la única particularidad de que aún seguiría el boicot contra el tranvía. El 21 de julio, cuando los visitantes fueron regresando a sus lugares de origen, la estación del tren de la Sabana podía verse nuevamente saturada de pasajeros. A este respecto, en la *Revista de Colombia* se escribió: “si los trenes antes entraban á Bogotá colmados de gente hasta sus plataformas y wagones de carga, hoy empieza á cumplirse el fenómeno natural del reflujó, y los trenes salen con el mismo exceso de pasajeros, descontentos muchos de ellos porque no hubo regocijos populares con varas de premio y corridas de toros”.⁶¹ Efectivamente, hasta donde es posible leer en la prensa, todo indica que hubo múltiples querellas por parte del pueblo bogotano y visitante, que esperaban otro tipo de actos para los festejos.

Como se puede ver, esa no era una queja que careciera de fundamento, pues aparte de los fugaces carros alegóricos, durante el 20 de julio no hubo ningún otro espectáculo lúdico o recreativo para el pueblo. Todo estuvo limitado a actos acartonados en los que los principales protagonistas eran los llamados cachacos. Eventos, por ejemplo, que incluyeran espectáculos de música popular, proyecciones en el cinematógrafo, obras de teatro, corridas de toro, vaca-locas, carreras de caballos, peleas de gallos, o cosas parecidas, brillaron por su ausencia, con tanta intensidad como las bombillas eléctricas de aquel día. Ese día la plebe, los guaches, seguramente debieron hacer

59. “Crónica de los festejos...” 7.

60. “Festejos patrios”, *El Nuevo Tiempo* [Bogotá] 21 jul. 1910: 2.

61. “Día 21 de julio”, *Revista de Colombia* 7 y 8 (1910) 206.

lo mismo que Jeremías y su esposa, los dos campesinos del diálogo que se transcribió atrás. Es decir, al aburrirse de tanto “discurso veintejuliero” se fueron a alguna cantina a tomar un trago. “Mientras tanto tomémos el otro y vámonos á la fiestas de toros en Las Cruces —le dijo Jeremías a su mujer al concluir el dialogo—, que eso sí lo entendemos. ¡Dejemos a los blancos que hablen de libertades y derechos...”⁶²

[102]

Al parecer las quejas por parte del pueblo bogotano y del visitante en general fueron de tal magnitud que la comisión organizadora de las fiestas del Centenario tuvo que realizar al día siguiente un improvisado acto popular. Lo que no fue del total agrado de los miembros de la *Revista de Colombia*, y seguro tampoco de muchos otros cachacos más, pues esta publicación llegó a escribir: “La Comisión quiso complacer hasta el punto canallesco el anhelo popular y en nuestro concepto cometió la debilidad de atender este reclamo infundado, organizado improvisadamente unas fiestas populares en la Plaza de Armas, de las que no damos á nuestros lectores información alguna”.⁶³ Y ciertamente ni esta revista ni ningún otro impreso, dentro de lo que hemos consultado, ofreció información alguna sobre este acto popular, ni de las posibles recreaciones llevadas a cabo de manera espontánea en el barrio Las Cruces, que seguramente contrastaban con los actos del programa de la celebración oficial. El silencio de la prensa no solo muestra las dificultades que puede tener un investigador a la hora de intentar reconstruir la participación de los grupos subalternos en celebraciones elitistas de este tipo, sino que también sirve para corroborar el hecho mismo de la exclusión popular que caracterizó la celebración del día del Centenario. Como bien lo afirma Frédéric Martínez, “la representación de la nación finalmente dibujada en 1910 ofrece ante todo un fiel reflejo de la jerarquía social colombiana. En eso, más que en la representación de una nación hipotética, el Centenario proporciona el retrato de una sociedad cuya estructura jerárquica, es ella sí, bien real”.⁶⁴ Por lo demás, se trata de un silencio que puede ayudar a

62. Pericles, “Los festejos...” 3.

63. “Día 21 de julio...” 206-207.

64. Agrega este autor: “la síntesis ecléctica del Centenario refleja perfectamente la definición restringida de la nación planteada por los gobiernos de la hegemonía conservadora [...]. Cuando se les despoja de su estética exposicionista y de su idealismo panlatino, las fiestas del Centenario aparecen ante todo como una empresa de catequización nacionalista y católica en torno a algunos ídolos de bronce y al poder cohesivo de la Iglesia”, en Frédéric Martínez, “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición

entender las dimensiones que tiene la exclusión popular con la cual se ha ido construyendo la nación colombiana.

A modo de cierre

Al concluir las celebraciones del 20 de julio, un periodista de *El Nuevo Tiempo* realizó un balance de las actividades dedicadas al pueblo durante ese día. Publicó una crónica en la que llamaba la atención sobre el hecho de que entre todos los eventos organizados faltó alguno que divirtiera al pueblo. “Se olvidaron de que era necesario organizar números apropiados para el pueblo y especialmente para el pueblo forastero”, advertía. Decía también: “El pueblo no ha visto nada que esté de acuerdo con su espíritu. Mejor dicho: si ha visto lo que hemos visto todos: gente y banderas”. Sobre los visitantes agregaba: “Dejaron sus economías en hoteles, fondas, almacenes, cantinas. Y no vieron un espectáculo popular, ni oyeron una música familiar, ni sintieron una emoción nueva al través de Bogotá”. Remataba el cronista escribiendo: “a esas gentes no se les ha compensado el gasto con nada que les alegre el espíritu y les deje un recuerdo grato. Nada tienen que ir a contar a sus provincias, cuando regresen de las fiestas. Que vieron a un gentío horrible, nada más”.⁶⁵ Uno podría agregar, usando una expresión muy cachaca, que ni siquiera las deslumbrantes luces eléctricas sirvieron para “descrestar calentanos”.

Pero más allá de que no se incluyeran diversiones para la gente del común, lo realmente significativo durante estos actos era que el pueblo mismo fue anulado de la idea de nación y de patria que expresaban los rituales y discursos de aquel día. Pues es claro que ese 20 de julio no fueron representados ni tuvieron una participación real los sectores sociales subalternos. Ni los negros, ni los indígenas, ni los mestizos, ni los mulatos, ni mucho menos los artesanos, obreros, ni pobres en general. Tampoco las mujeres, de ningún género, porque incluso la reivindicación que se hacía de Policarpa Salavarrieta era creada resaltando en ella su talento viril, de valores masculinos de honor y valentía. Esto también lo prueba la forma en que la prensa exaltaba a la señora Mallarino por no estrechar la mano del presidente

[103]

del Centenario, 1851-1910”, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, comps. Gonzalo Sánchez y María Emma Wills (Bogotá: Ministerio de Cultura / ICANH / PNUD / IEPRI / Museo Nacional, 2000) 330-331.

65. “Lo que se olvidó...” 2

estadounidense: “En estos días del Centenario de nuestra Independencia una mujer colombiana viene á hacer revivir la entereza *varonil* de otras que en nuestra Guerra Magna supieron ser abnegadas y patriotas”.⁶⁶ Lo que estuvo representado, en verdad, fue una república de varones, blancos, católicos, letrados y conservadores.

[104]

Era la república de los letrados, la de los gramáticos en el poder, de la cual la Atenas sudamericana, Bogotá, era su ficción ideal, con sus sujetos ejemplares: los cachacos. Se trataba de una ciudad ficticia, pero no por ello menos real que la otra, aquella compuesta en su gran mayoría por los llamados guaches. Esa ciudad imaginada, restringida a una estricta minoría, buscaba mantenerse tan alejada como fuera posible de la otra: la de los que eran vistos como mal hablados, léperos, ignorantes, bulliciosos, barbaros y borrachos, en una palabra: de la plebe. A esta ciudad de plumíferos, porque eran ellos los que manejaban la pluma, Ángel Rama la ha denominado muy lúcidamente como la *ciudad letrada*: compuesta por “una pléyade de religiosos, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estrechamente asociados a las funciones del poder”.⁶⁷ Esta preeminencia de los letrados ha sido interpretada por Malcolm Deas como una expresión de la justificación que halló la élite para mantenerse en el poder, que encontraba en el buen manejo del castellano una conexión con el pasado español, del cual, además, se sentía descendiente por lazos sanguíneos: “defendían la independencia — escribe este autor —, pero nunca repudiaron lo que España había hecho en América, y ellos ondeaban la lengua como una bandera”.⁶⁸

Sin embargo, en la celebración del primer Centenario también podía vislumbrarse un quiebre de esa Bogotá señorial hacia otra más dinámica y definida por valores capitalistas, algo que venía en proceso de gestación desde años atrás. Según Germán Mejía Pavony, desde 1910 la ciudad tenía el potencial necesario para dejar relegada la vieja Santafé por la nueva Bogotá: “Lo sucedido en Bogotá a partir de 1910 — escribe Mejía— puede ser visto como un *desenvolvimiento* de la ciudad burguesa, bajo la dinámica de una ciudad que ya no estaba férreamente atada al pasado”.⁶⁹ Prueba de ello lo

66. “Una colombiana...” 3. Énfasis mío.

67. Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1948) 25.

68. Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literaturas colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993) 49.

69. Germán Mejía Pavony, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910* (Bogotá: CEJA, 2000) 280.

mostró el uso del automóvil como objeto de prestigio, la construcción de parques y plazas con símbolos patrios, monumentos civiles que enseñaban la simbología de una república liberal, la especulación de precios que generó la celebración del Centenario, la movilización de sectores populares en torno a la cuestión del tranvía, y el mismo uso del tranvía y del alumbrado público, que empezaban a funcionar con energía eléctrica. Todo lo anterior impondría nuevos ritmos en la vida cotidiana de los bogotanos, lo que demuestra que el llamado progreso capitalista empezaba a expresar sus síntomas, pero no traería como corolario la desaparición de la miseria y los problemas sociales.

[105]

Así mismo, a escala nacional, tuvo lugar la reforma constitucional de 1910, promovida por la Unión Republicana, una coalición liberal conservadora que un año antes había dado al traste con la dictadura de Rafael Reyes. La reforma trajo consigo la elección popular de presidente por periodos de cuatro años, la no reelección del mismo, la abolición de la pena de muerte y libertades de prensa, entre otras reformas que en todo caso aún no incluían el derecho a votar a mujeres, pobres y analfabetas. Además, la Unión Republicana llevó al poder a Carlos E. Restrepo, quien fue elegido cinco días antes del 20 de julio de ese año, en representación de los intereses de la naciente burguesía. Restrepo, como la élite que lo llevó al poder, representaba una vanguardia política dispuesta a orientar las instituciones del Estado hacia formas modernas. Se trataba, según ha dicho Darío Mesa, de una clase política que basaba sus prácticas en ideas básicas de la burguesía: “sobre la propiedad, los derechos políticos e individuales, la representación y los impuestos, la libertad de la prensa, las separación de las tres ramas del poder público y, en primer plano, la independencia del Estado frente a la Iglesia”.⁷⁰ Aunque la separación de la Iglesia y el Estado no llegó a emprenderse de manera decidida, y pese a lo zigzagante del proceso en general, es de afirmar que el año del primer Centenario marcaba un giro hacia la modernización del Estado, que a su vez sería expresión e impulso de las transformaciones jurídicas, políticas, socioeconómicas y culturales del capitalismo industrial.

Esas serían, a muy grandes rasgos, la Bogotá y la Colombia que empezaron a recorrer su segundo siglo de vida republicana, con nuevos y viejos actores sociales, con nuevos y viejos problemas políticos. En la actualidad, aún son usados los términos cachaco y guache como nociones sociales exclu-

70. Darío Mesa, “La vida política después de panamá”, *Manual de Historia de Colombia*, tomo III (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980) 129.

yentes, pero de manera más ambigua, que ya no corresponde a este escrito analizar. Sobre la participación de los sectores subalternos en estas fiestas, finalizo con la misma esperanza que guardó aquel aguafiestas que hemos nombrado antes: “Quizá en el próximo centenario se acurde[n] de ellos...”⁷¹

[106]

OBRAS CITADAS

I. Fuentes primarias

Periódicos y revistas

El Domingo [Bogotá] 1910.

El Gráfico (1910).

El Nuevo Tiempo [Bogotá] 1910.

El Ravachol [Bogotá] 1910.

El Republicano [Bogotá] 1910.

Gil Blas [Bogotá] 1910.

La razón del obrero [Bogotá] 1910.

La Unión Patriótica [Bogotá] 1910.

Popayán (1910).

Registro Municipal (1937).

Revista de Colombia (1910).

Documentos impresos

“Ley Número 18 de 1910 (1 de julio)”. *Actos legislativos y leyes de Colombia expedidos por la Asamblea Nacional de 1910*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1939.

“Ley Número 36 de 1910 (23 de agosto)”. *Actos legislativos y leyes de Colombia expedidos por la Asamblea Nacional de 1910* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1939.

“Ley Número 42 de 1909 (4 de noviembre)”. *Leyes colombianas de 1909. Colección de las expedidas por la Asamblea Nacional y por el Congreso en sus sesiones del mismo año*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1919.

Censo general de la República de Colombia, levantado el 5 de marzo de 1912. Bogotá: Imprenta Nacional, 1912.

71. “Lo que se olvidó...” 2.

II. Fuentes secundarias

Libros y artículos

- Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991.
- Castro-Gómez, Santiago. “Señales en el cielo, espejos en la tierra: La Exhibición del Centenario y los laberintos de la interpelación”. *Genealogías de la colombianidad*, ed. Santiago Castro y Eduardo Restrepo. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Pensar, 2008.
- Colmenares, Germán. *Partidos políticos y clases sociales*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1968.
- Colón, Luis Carlos. “La ciudad de la Luz: Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910”. *La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005.
- Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literaturas colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.
- Garay, Alejandro. “La Exposición del Centenario: una aproximación a una narrativa nacional”. *La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005.
- Jaramillo, Samuel y Adriana Parias. “Vida, pasión y muerte del tranvía en Bogotá”. *Documentos CEDE, Universidad de los Andes 1995.03* (jun. 1995): 4-10.
- Marín Leoz, Juana María. *Gente decente. La élite rectora de la capital 1797-1803*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008.
- Marroquín, Lorenzo y Emiliano Isaza. *Primer Centenario de la Independencia de Colombia, 1810-1910*. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911.
- Martínez, Frédéric. “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910”. *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Comps. Gonzalo Sánchez y María Emma Wills. Bogotá: Ministerio de Cultura / ICANH / PNUD / IEPRI / Museo Nacional, 2000.
- Mejía Pavony, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Bogotá: CEJA, 2000.
- Mesa, Darío. “La vida política después de panamá”. *Manual de Historia de Colombia*. Tomo III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.
- Núñez, Luz Ángela. *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929*. Bogotá: Ediciones Uniandes-Ceso, 2006.
- Pérez, Amada Carolina. “La invención del ‘cachaco’ bogotano: crónica urbana, modernización y ciudad en Bogotá durante el cuarto centenario de su fun-

dación, 1938”. Trabajo de grado en Historia. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1948.

Suárez Mayorga, Adriana María. *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)*. Bogotá: Editora Guadalupe, 2006.

[108]

Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días hasta la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre, 2002.

Urrego, Miguel Ángel. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930*. Bogotá: Ariel / Fundación Universidad Central, 1997.

Vega Cantor, Renán. *Gente muy rebelde. Mujeres, artesanos y protestas cívicas*. Tomo III. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2002.

Zambrano, Fabio. “Boicot al Tranvía”. *El Tiempo (Lecturas Dominicales)* [Bogotá] 5 jun. 1988: 12-13C.